

Colección de Estudios

*Una idea de maravillosísima
hermosura. Poética y Retórica
ante la Lírica en el Siglo XVI*

M^a Amelia Fernández



ÍNDICE

Páginas preliminares	7
CAPÍTULO 1º. <i>Las Anotaciones a la poesía de Garcilaso. Genio, ingenio, arte y el 'intenso apetito' por la inmortalidad</i>	11
CAPÍTULO 2º. <i>El otro propósito de las Anotaciones. La naturaleza del comentario. La crítica íntima en lo externo</i>	29
CAPÍTULO 3º. <i>La génesis de los tres genera dicendi. Dos concepciones del lenguaje y de la retórica. El Peri ideôn de Hermógenes</i>	51
CAPÍTULO 4º. <i>Las dificultades en la aplicación de la tríada clásica. Los problemas planteados por la Lírca</i>	73
CAPÍTULO 5º. <i>De las formas de la oración a la idea interior artística. El encuentro entre el Peri ideôn de Hermógenes y el Orator de Cicerón</i>	89
CAPÍTULO 6º. <i>La crítica en torno al estilo desde el Peri ideôn de Hermógenes</i>	109
CAPÍTULO 7º. <i>Una forma o idea de maravillosísima hermosura. La idea interior artística. La idea imaginada en la poesía de Garcilaso</i>	137
Páginas finales	159
Referencias bibliográficas	165

Páginas preliminares

La conciencia renacentista de vivir un mundo nuevo no es tan sólo un lugar común. Es más, la invitación a reflexionar sobre este punto arroja una luz nueva sobre el problema de los géneros. El interés por lo nuevo, por la originalidad, por la revisión del pasado nos entrega un mundo seducido por el progreso y por la luz frente a las tinieblas de la edad anterior. Uno de los juicios quizá más sorprendentes es que las obras medievales eran bárbaras en la medida en que no seguían unos patrones. Eran distintas, fragmentadas, únicas. Lógicamente los patrones para el pensamiento renacentista estaban en los autores clásicos. Influyó también en esta apreciación el conocimiento fragmentario de la literatura medieval, una fragmentación debida, en primer lugar, a la forma de transmisión de los textos.

En los umbrales del Siglo XVI la Retórica seguía ocupando un lugar privilegiado frente a la Poética. Desde su comienzo la Retórica había experimentado un crecimiento ordenado del que dan prueba las muchas referencias a su existencia y la importancia que le fue concedida. Otra prueba de no menor peso es el número de obras que nos han llegado frente a la escasez de manuales o tratados sobre Poética. La primera razón obvia de esta descompensación es que la Retórica se ocupaba de una actividad prestigiada socialmente, incardinada en la formación de los círculos sociales más influyentes. Además la Poética mostró desde muy pronto un carácter especulador por lo que ocupaba un espacio filosófico. Para entendernos, si la Poética era lo más cercano a lo que conocemos por una teoría de la literatura, la Retórica había desplegado una verdadera teoría del lenguaje literario. Está claro que éste no fue su objetivo inicial, muy al contrario. La retórica buscaba la capacidad para hallar según fuera conveniente los medios para la persuasión. Ahora bien el ingente material desplegado servía también para otras modalidades de la lengua no utilizadas “rectamente”, *recte*. Un ejemplo clave es la aplicación de las figuras retóricas para el análisis de textos literarios. La figura se concibe como aquel giro extraño que sorprende, convence y persuade. En términos literarios la figura se convierte en un signo del hablar “extranjero” del poeta.

La Retórica también halló otras excusas para invadir el terreno que en buena lógica pertenecía a la Poética. Por un lado las coincidencias estaban en la propia formación del Orador, adiestrado en el buen uso del lenguaje a través de los modelos, en este

caso literarios. La retórica muy pronto invadió el terreno de la Poética ejercitando al aprendiz de orador no sólo en los mejores ejemplos literarios sino animándole a través de los *progymnasmata* a que construyera narraciones ficticias, es decir, literarias. En suma, lo que diferencia a Retórica y a Poética es que la primera desarrolló muy pronto un sistema completísimo para el análisis y la producción de textos, así como una reflexión paralela que discurría por el análisis de los propios límites de la disciplina así como por los efectos persuasivos.

El siglo XVI se abre con el descubrimiento y la transmisión acelerada por la imprenta de tratados hasta entonces poco conocidos o desconocidos por completo en la tradición occidental. De hecho el siglo XVI asiste a una doble consideración de la retórica, o bien se intenta recuperarla y con ella su antiguo esplendor, o bien queda fragmentada, perdida durante siglos, y desautorizada como modelo comunicativo para los nuevos tiempos. El primero de los intentos es sin duda el más interesante pero resultó ser el menos prometedor. La retórica no sólo se erige en el arte de persuadir, también en el de argumentar y en el de convencer. Considerada como eje de la Antigüedad Clásica, la retórica se convierte ante ojos inteligentes como el eje sobre el que debería girar la nueva edad de Oro, el Renacimiento. Se trata de luchar contra la barbarie medieval que ha convertido la retórica en un mero mecanismo de análisis, en especial por figuras. Se trata de devolverla a su preciada dignidad, como instrumento que condense la capacidad humana para pensar y expresar lo pensado.

La segunda posibilidad, menos interesante, fue la que triunfó sin embargo. El Siglo XVI es un Siglo preocupado por la división y la definición de las ciencias. Si se considera la ciencia una manera de ver el mundo no es extraño que una nueva visión, o la convicción de una nueva visión, desemboque casi necesariamente en una reordenación en este caso científica. La retórica, nacida al calor de una civilización muy determinada, encuentra pocos lugares para acomodarse en una civilización completamente distinta por más que desee parecerse a la primera. Todo saber fiado exclusivamente en la capacidad retórica es sospechoso. Los dominios de la Retórica se dividen entre la Lógica y la Dialéctica, en lo que a *inventio* y *dispositio* se refiere. El impulso de una cultura naciente, de naturaleza escrita, frente a una cultura predominantemente oral provoca el segundo pequeño desastre. Ni la memoria, ni la pronunciación o acción son ya pertinentes. Queda sólo el campo elocutivo, y sólo una parte de ese campo, aquel instalado en el "ornato".

Sin embargo queda al menos una tercera posibilidad que no disloca el tratamiento de la retórica en dos impulsos tan dramáticos. El redescubrimiento, teñido de auto-complacencia, del mundo renacentista, también nos muestra un interés por la retórica, en la lectura de los clásicos, desconocido por la Edad Media. La atención a la Retórica en el Siglo XVI es importantísima, mucho mayor de lo que los estudios tradicionales permiten suponer. No en vano la retórica se había convertido en una ciencia del texto,

y textos, precisamente era lo que se leía, se editaba, se comentaba o se escribía. La atención prestada a la Retórica es singular y si nos parece escasa se debe sobre todo a la dificultad de encontrar buenas ediciones y traducciones de los textos escritos.

Fruto de esta renovada atención es la adaptación de la retórica al estudio teórico sobre los géneros. Uno de los campos que más atención mereció fue el de los retóricos *genera dicendi*. Las razones para esta atención privativa son varias. En primer lugar hubo razones históricas. La teoría sobre los géneros de dicción se aco- plaba también a la de los distintos registros de las lenguas vulgares. Una lengua alcanzaba su poder en la medida en que en ella no sólo se podía expresar cualquier idea o concepto, sino además de maneras distintas, adoptando géneros distintos. Es el punto crucial del cambio, el momento en que los géneros se convierten en cifras del estilo. Obsérvese, además, el impulso dinámico que adquiere así el material retórico. Ya no hablamos de una cantera de términos para analizar un texto, sino de una intención que crea y se materializa en un texto que, ahora así, puede ser analizado con tranquilidad. En este sentido la Lírica ocupó un lugar fundamental desde el primer momento, como locución artificiosa, como expresión lingüística en primera persona y como refrendo último de que la lengua había alcanzado en determinados poetas modélicos su más elevada cima. Fue este principio el que preside la lectura que en pleno siglo XVI realiza Fernando de Herrera en sus *Anotaciones* de la poesía de Garcilaso.

Es cierto que las *Anotaciones* de Herrera han sido consideradas el documento más importante para la Poética del siglo XVI en España. Mucho ha sido el trabajo volcado en esclarecerlas y, aun así, todavía queda mucho por hacer. El estudio que presentamos parte de una pregunta básica; qué lee Herrera en la poesía de Garcilaso y a partir de aquí la previsión inicial se desborda en la medida en que deseamos dar una respuesta. Lo primero es determinar la concepción del estilo que opera en la Poética subyacente a los comentarios y siempre que entendamos por “estilo” no el carácter personal que imprime en la expresión literaria sus más íntimas inquietudes. El estilo que Herrera vislumbra en la poesía de Garcilaso es distinto, porque es distinto el tiempo y distinta la ambición o el “intenso apetito”.

El lector encontrará en este trabajo además de referencias, que espero le sean útiles, el mismo camino que ha recorrido mi investigación. Leerá a pie de página las notas profusas en datos que he creído imprescindible incluir. La complejidad de la investigación, la abundancia de bibliografía sobre el tema es el reflejo necesario de un momento histórico, el humanista, que crea una complicada urdimbre, o selva, de textos. Ahora bien, también el lector comenzará leyendo la misma dificultad con la que yo misma me topé, la propia naturaleza del comentario y lo qué es más importante desde mi punto de vista la ausencia en la teoría de la época de una definición de la Lírica y de los medios críticos para apreciarla. Esto se revela en la dificultad primera de los ex-

pertos en Herrera para determinar qué concepto de estilo opera en la mentalidad herreriana para analizar la poesía de Garcilaso.

A partir de aquí es preciso investigar cuál fue el problema y cuáles las soluciones, y no sólo las halladas por Herrera que llegó a *una idea de maravillosísima hermosura*. En el fondo este trabajo es la confirmación de que cualquier previsión al iniciar una investigación necesariamente se desborda si llega hasta las últimas consecuencias y así ha sido en este caso. Así lo verá el lector en los capítulos centrales y espero que participe de la satisfacción de hallar al menos un camino para llegar a la complejidad de las *Anotaciones* y en general de la *Poética*, de la disciplina entregada al dominio literario, ya plena en el Renacimiento y de su confluencia e invasión de la *Retórica*. La vuelta a las *Anotaciones* de Herrera será, el lector lo comprobará, mucho más confiada aunque encontrará también preguntas que quedan sin contestar. Hubiera sido iniciar de nuevo otro camino que espero sea andado en un futuro.